

Sobre los costes sociales de la agricultura moderna

Un comentario a Frederick H. Buttel

Fernando Sánchez de Puerta*



Frederick H. Buttel.

En diciembre de 2003, Frederick H. Buttel publicó un artículo sobre Ecología Política Agraria que podría pasar desapercibido por haber sido editado en una revista sobre Fisiología Vegetal. Se trata del texto titulado «Internalizing the Societal Costs of Agricultural Production», que formó parte de una serie especial de los editores de *Plant Physiology* sobre ética agraria. El artículo es excelente como todo lo que escribe Buttel. Y no sólo por la claridad de la exposición, la belleza de su redacción inglesa, su alto nivel didáctico y su perfecta estructura, sino porque abre una puerta a la Ecología Política, a la Economía Ecológica y a la Agroecología a muchos sociólogos rurales y medioambientales estadounidenses alejados de lo que se

cuece en Latinoamérica y Europa y se publica en lengua española. El citado artículo, que voy a presentar, al tiempo que le haré unos breves comentarios y críticas, concluye afirmando que «la agro-ecología debería llegar a ser una línea prioritaria de investigación comparable con la de la biotecnología» (Buttel, 2003: 1664). Yo habría dicho más, pero de momento es un paso adelante para los que creemos en la Agroecología, que, por cierto, no aparece como palabra en el corrector de texto de Microsoft Word. Será por ello, por lo que el autor de la afirmación o su ordenador le han puesto un guión en medio. Frederick H. Buttel es muy bien conocido y apreciado en Europa y Estados Unidos, sobre todo, por sus artículos sobre el «estado del arte» de la Sociología Rural y Medioambiental, aunque no lo es tanto por otros temas, cuyo interés nos une, como son los de la Investigación y Extensión Agrarias. Lo dicho hasta aquí no significa, sin embargo, que comparta todas las ideas de mi colega y amigo, como se verá a continuación a lo largo de mi comentario de su último artículo.

El texto arranca con algunos conceptos básicos, como el de «externalidades», para pasar enseguida a cuestionar cómo debería regularse la producción de fibras y alimentos. En ese primer epígrafe se plantea la pregunta: «¿Cómo deberían valorarse las necesidades humanas de alimentos y los beneficios so-

Doctor Ingeniero Agrónomo, Profesor Titular de Sociología del Departamento de Ciencias Sociales y Humanidades e Investigador del Instituto de Sociología y Estudios Campesinos de la Universidad de Córdoba. Aptdo. 3048, 14080 Córdoba, España (spuerta@uca.es). Desde agosto de 2004 hasta julio de 2005 realizando una estancia de investigación invitado como Profesor Investigador Visitante por el Department of Environmental Science, Policy and Management del College of Natural Resources de la University of California, Berkeley, Estados Unidos de América (fspuerta@berkeley.edu, fspuerta@sbcglobal.net).

ciales en relación con los costes sociales de los sistemas y prácticas de producción?». La respuesta de Buttel es: a través de intervenciones institucionales, que, según afirma, han tendido a ser más débiles en Estados Unidos que en el resto de los países industrializados. Esta parte del artículo habría sido un buen lugar donde discutir el tema de las necesidades humanas, que como ha afirmado Amartya Sen en su libro *Development as Freedom* (2000) son objetivas y universales, contrariamente a lo que afirman las corrientes neoliberales políticas y científicas. También habría sido un buen momento para reflexionar críticamente sobre el papel de Estados Unidos en el desarrollo agrario de terceros países y en los cambios de hábitos alimentarios de éstos a través de su ayuda alimentaria desde el final de la Segunda Guerra Mundial, como ha hecho Philip MacMichael en su excelente libro de 2000.

El segundo epígrafe se dedica a la creciente atención a los costes sociales de la producción de fibras y alimentos. Para Buttel, existen tres «orígenes» principales de esta atención: a) los movimientos sociales ecologistas y las agencias públicas reguladoras del medioambiente en Estados Unidos; b) las respuestas contra la creciente agricultura industrial de gran escala, como los grandes campos de monocultivo y las prácticas intensivas de alimentación animal, a las que denomina «factorías»; y c) los grupos de interés sobre los impactos sociales y medioambientales de determinadas nuevas tecnologías agrarias, como la agricultura de precisión o los cultivos genéticamente modificados. En esta parte del texto también se analizan algunos principios ecológicos y políticas concretas, como el Principio Preventivo «el que Poluciona Paga» (o «4P», como lo denomina) de la Unión Europea, o el de la «equivalencia sustantiva» de la OCDE, por el que si se determina que un alimento o componente alimenticio modificado es sustancialmente equivalente a otro existente, no hay que preocuparse por su seguridad o sus aspectos nutritivos. En mi opinión ambas medidas son criticables por su insustentabilidad, pero no será este el lugar donde entre a esa crítica, que, además, ya han hecho otros autores.

En un tercer apartado se analizan enfoques alternativos para la internalización de los costes sociales de las prácticas agrarias. Para Buttel, la dispersión de instituciones públicas existente en Estados Unidos para la toma de decisiones sobre la

regulación de la agricultura y sus externalidades negativas es tan grande que resulta imposible cumplir lo que llama el «imperativo de la sustentabilidad». En la práctica existen dos formas de internalizar los costes sociales para este autor: la regulación y los incentivos de mercado, aunque también se pueden combinar ambas para un mismo tema. La primera se puede llevar a cabo: bien, mediante sanciones por daños causados, bien, a través del proceso de (no) aprobación de nuevas tecnologías, como las semillas genéticamente modificadas. La segunda comprende tres posibilidades: los programas de subsidios por buenas prácticas agrarias; las medidas que condicionan la recepción de subsidios por producción a la realización de esas mismas prácticas; y los «impuestos verdes», por ejemplo, el impuesto del 15% sobre productos químicos agrarios existente en Noruega. Esta última medida es menos viable en Estados Unidos, según Buttel, por la actual «obsesión con «no más impuestos»».

El siguiente epígrafe del artículo de Buttel lleva por título «Los costes y beneficios de la Agricultura no siempre se prestan a ser medidos en yenes, dólares o euros». Aquí se desarrolla la idea de la inconmensurabilidad de dichos costes y beneficios, como el de los «servicios ecosistémicos» de algunas prácticas agrarias (por ejemplo, la captación de anhídrido carbónico) o la provisión de hábitat para el mundo animal o la creación de paisaje. En este punto, mi colega no repara en el hecho de que los economistas llevan unos años calculando algunas de esas externalidades positivas. Me refiero a la metodología del «coste de viaje», que consiste en hacer una encuesta a los visitantes de un lugar en la que se les pregunta cuántos yenes, dólares o euros (según donde se lleve a cabo la «investigación») estarían dispuestos a gastar o han gastado para llegar allí. Luego, con un análisis estadístico de las respuestas, se calcula el beneficio que produce el paisaje en cuestión. También hay otro método más barato que es enseñarle al encuestado unas fotos. Siempre he criticado estas técnicas de investigación tan simples y engañosas, ya que ocultan los verdaderos beneficios de un paisaje, en el sentido más amplio que los geógrafos otorgan a este concepto. Los paisajes agrarios o naturales no están ahí, simplemente, para recibir turistas, sino para que el planeta y sus habitantes podamos seguir viviendo. ¿Qué ocurriría si el encuestado tuviera miedo o le molestaran los animales? Es de suponer que

pagaría más por un sitio sin ellos, por lo que éste tendría más valor que otro con fauna. Sin comentarios.

A continuación, se plantean en el artículo que estoy comentando, tres «dilemas éticos» en la internalización de costes sociales. El primero parte del hecho de que los agricultores y el resto de la sociedad pueden tener diferentes visiones sobre los beneficios y costes de la Agricultura. En relación con este primer dilema ético, se plantean tres preguntas que pueden hacerse los políticos. A saber, ¿habría que centrar la atención en los pequeños y medianos agricultores que son la mayoría en la Agricultura, aunque no sean los que aporten más al PIB?, ¿habría que prestar más atención al resto de la sociedad civil y a los consumidores, que son más en número que los agricultores?, ¿donde debería poner más atención un político?, «¿en los resultados preliminares de investigación de los científicos sobre efectos negativos (como lo son los trabajos de Miguel Altieri o Ignacio Chapella, el paréntesis es mío) o en las recomendaciones de los científicos basadas en la «ciencia sensata» establecida...?». El segundo dilema gira en torno al hecho de quién debería decidir qué costes sociales de la Agricultura deberían ser internalizados. En esta parte, se presenta la situación de Estados Unidos, donde, siguiendo a Buttel, «especialmente, durante la administración Bush, la autoridad de la Agencia Nacional de Protección Medioambiental y las de las Agencias Estatales han sido decididamente reducidas». Incluso, se hace una referencia explícita al «actual apogeo político del influyente movimiento anti medioambiental» en ese (en mi caso ahora, este) país. El tercer y último dilema se refiere, textualmente, a «cómo los disparatados criterios de la política pública de eficiencia, efectividad, imparcialidad y aceptación social, deberían ser utilizados para sopesar las varias alternativas políticas para internalizar los costes sociales de la Agricultura». Para Buttel, la política actual de Estados Unidos da argumentos a los agricultores para seguir en la vía de la Agricultura moderna e industrializada y todas sus evidentes externalidades negativas.

El quinto epígrafe ilustra las dificultades para resolver los dilemas éticos planteados a través de la legislación con dos casos. El primero es el de la explosión de algas por causa de la hipoxia producida por el nitrógeno en las aguas del Golfo de México. El segundo es el de los daños neurológicos

en humanos causados por las emisiones de sulfato de hidrógeno producidas por las grandes e intensivas granjas de cría de cerdos. Para Buttel, «ambos problemas tienen su origen en los cambios estructurales de la agricultura moderna» y podrían ser solucionados dando marcha atrás en la vía que propone la Agroecología. Sin embargo, las inversiones de capital en los sistemas agrarios que causan ambos problemas lo llevan a ser muy pesimista respecto a su solución. Yo soy más optimista a este respecto, ya que la ruina de esos sistemas agrarios está cerca y no les quedará más remedio que buscar alternativas. Chayanov propuso en 1918 (Chayanov, 1988; Sánchez de Puerta, 1994) gravar con impuestos a las «grandes factorías agrarias» para proteger la persistencia de la agricultura familiar o campesina, según él la denominaba. También escribió un tratado sobre rotaciones de cultivos campesinas y otras muchas cosas que son muy poco conocidas por no haber sido traducidas del ruso, así como por el escaso interés por ese autor y su obra (Shanin, 1992).

En el sexto epígrafe se plantea un nuevo dilema. En este caso, respecto al papel que debería jugar la investigación financiada con fondos públicos. En este punto, Buttel vuelve a ser pesimista en sus afirmaciones sobre la situación en Estados Unidos, donde los componentes del complejo «Land Grant» trabajan fundamentalmente en temas de interés para los grandes agricultores y para la agricultura moderna e industrializada. La práctica inexistencia de investigación e información ya acumulada sobre costes sociales de la Agricultura también representa otra dificultad para él. Podría recordarle aquí lo que ocurrió con la Universidad de California y los tomates a mediados de los años setenta cuando, tras la denuncia a partir del libro de Hightower *Hard tomatoes, hard times* (1973), ésta se vio obligada por los tribunales de justicia a volver su atención sobre los pequeños agricultores.

En el penúltimo apartado del artículo, Buttel propone cuatro «modestas propuestas» para internalizar los costes sociales de la Agricultura. La primera es subir el precio de los fertilizantes químicos y de los pesticidas a través de impuestos para desanimar al agricultor de su uso. La segunda es caminar hacia un consenso sobre la idea de que la Agricultura debe someterse a los mismos patrones de seguridad humana y medioambiental que el resto de las actividades productivas. La tercera, para Es-

tados Unidos, es ampliar las inversiones federales en la restauración de zonas húmedas. La cuarta y última, es potenciar la política de multifuncionalidad de la Agricultura, tan de moda en Europa y de la cual yo soy bastante crítico. Me parece muy complicado e injusto, pedirle a una persona que eligió la profesión de agricultor o ganadero y tardó mucho tiempo en aprenderla que ahora se prepare para ejercer otras. En mi opinión, algo habrá que hacer para restaurar la imagen pública y la autoestima de los agricultores y ganaderos modernizados y subvencionados «desde arriba» para producir como lo hacen ahora. Algunos de ellos no saben lo que serán en el futuro, si bien ya se encuentran alienados, como explicaré más adelante, y éstos también son costes sociales (Sánchez de Puerta y Taberner, 1995). ¿Deberán convertirse en elaboradores de alimentos artesanales, decoradores de paisajes agrarios, almacenistas de residuos urbanos, conservadores de aguas limpias, cicerones del campo y la naturaleza, posaderos en su finca o camareros en la ajena, modelos fotográficos o artistas polivalentes «folk» al servicio del turista rural? Todas ellas son profesiones respetables, pero nunca fueron la primera opción de los profesionales de la Agricultura. Como diría mi colega anglosajón Simon Miller, se está destinando a los agricultores europeos a convertirse en «land stewardships», que en español se traduciría como «azafatos del campo». La realidad es que no suelen aceptar lo que, eufemísticamente, se denomina «multifuncionalidad de la agricultura», tal como he comprobado en una investigación reciente sobre Andalucía y la aplicación de medidas agroambientales en mi región. El artículo fruto de ella está aún inédito.

La conclusión del artículo de Buttel, como ya adelanté al principio, es potenciar la investigación en Agroecología. Si tuviera que ponerle alguna pega a este texto, sería que no profundiza en la parte más social del asunto que trata, por centrarse en aspectos físicos como el medioambiente y la salud humana, así como en cuestiones económicas. En 2001, Buttel escribió un nuevo «estado del arte» de la Sociología Rural, de la Sociología de la Agricultura y de la Economía/Sociologías Políticas de los Sistemas Agroalimentarios Mundiales, en el que afirmó que el Marxismo ya no tenía nada que ofrecer a estas disciplinas (Buttel, 2001: 170). Voy a in-

tentar demostrarle, para al mismo tiempo rellenar el «hueco» social señalado, que no estaba en lo cierto. Karl Marx nos dejó un concepto de su época más temprana y filosófica que puede ser útil para contemplar costes sociales de la Agricultura moderna e industrial. Me refiero a lo que llamó «enajenación» en «Los Manuscritos». Dicho concepto, también referido como «alienación», fue aplicado por Marx al obrero industrial y se refiere al sufrimiento de una persona cuando ésta es enajenada de algo que le pertenece. No sólo se puede estar alienado por no poseer los medios de producción, ni controlar el proceso productivo, o por ser una mera pieza en él y no ver el resultado final del trabajo realizado. Además de lo anterior, el concepto también hace referencia a ser privado de la libertad individual, del sentimiento de pertenencia a un grupo social, de la capacidad creativa, de la autoexteriorización del valor de uno como persona, etc. (Sánchez de Puerta y Taberner, 1995). El agricultor o ganadero moderno e industrial están alienados y esto es un coste social, bastante difícil de medir, pero real. El ejemplo más claro es el del criador de pollos broiler, pero también sirve el del cultivador de soja transgénica. Pues bien, este concepto está extraído del Marxismo y si tuviera la oportunidad de discutirlo con Buttel, estoy seguro de que cambiaría su postura de 2001, ya que es una persona muy abierta a la discusión.

Deseo concluir este breve artículo recomendando la lectura del texto de Buttel que he comentado, así como de toda su obra. Yo siempre he sido su admirador y le estoy muy agradecido por todo lo que me da intelectualmente, así como por su amabilidad y generosidad al aceptarme para realizar una estancia con él hace unos años en su Universidad. Al final no pude ir a Wisconsin, Madison y estoy en la Universidad de California, Berkeley porque los intereses profesionales de mi colega y compañera estaban aquí, y ya se sabe... Además, ni ella ni mis dos hijas pequeñas estaban dispuestas a ir a vivir a un lugar donde se pueden alcanzar los 50 grados bajo cero en invierno. Otra vez será. Desde aquí, donde gracias al acceso on-line a todas las revistas del mundo que me ofrece la UCB como «Visiting Researcher Scholar» encontré el artículo que he comentado, le dedico este escrito a Buttel y le deseo lo mejor.

BIBLIOGRAFÍA

BUTTEL, F. H. (2001), «Some Reflections on Late Twentieth Century Agrarian Political Economy» en *Sociologia Ruralis*, vol. 41, nº. 2, pp. 165–181.

— (2003), «Internalizing the Societal Costs of Agricultural Production» en *Plant Physiology*, vol. 133, pp. 1656–1665.

CHAYANOV, A. V. (1988), *Leconomia di Lavoro. Scritti Scelti*, Milan, Franco Angeli-INSOR.

HIGHTOWER, J. (1973), *Hard Tomatoes, Hard Times*, Shenkman, Cambridge, Mass.

MACMICHAEL, Ph. (2000), *Development and Social Change: A Global Perspective*, Londres, Pine Forge Press.

SÁNCHEZ DE PUERTA, F. (1994b), «Chayanov and Russian Social Agronomy (1918)» en *European Journal of Agricultural Education and Extension*, vol. 1, nº. 3, pp. 15-34 (<http://library.wur.nl/ejae/v1n3-2.html>).

— y TABERNER, J. (1995), «Innovación y alienación en la Agricultura: Una perspectiva socioecológica» en *Agricultura y Sociedad*, nº 74, pp. 159-177.

SHANIN, T. (1992), «Chayanov's treble death and tenuous resurrection», Paper para su Departamento en Manchester, no publicado (Mimeo), Cortesía del autor.

SEN, A. (2000), *Development As Freedom*, Oxford, Oxford University Press.

N O V E D A D

Icaria ❁ Más Madera

XAVIER PEDROL y GERARDO PISARELLO

LA «CONSTITUCIÓN» EUROPEA Y SUS MITOS

UNA CRÍTICA AL TRATADO CONSTITUCIONAL Y ARGUMENTOS PARA OTRA EUROPA

MITO Nº 1: Por su naturaleza «constitucional», este Tratado servirá para refundar la idea de Europa y para acercarla a los ciudadanos.

MITO Nº 2: Aunque no representa el mejor de los mundos posibles, este texto se podrá mejorar en el futuro, ya que en definitiva no deja de ser un Tratado.

MITO Nº 3: El método de elaboración utilizado en esta ocasión comporta un avance sustancial respecto de los Tratados anteriores.

MITO Nº 4: El contenido del Tratado constitucional supone significativos pasos adelante en materia social y ambiental.

MITO Nº 5. El Tratado democratiza la estructura institucional de la Unión y abre importantes vías a la participación ciudadana.

MITO Nº 6: La incorporación al Tratado de la Carta de Niza supone una importante conquista para la protección de los derechos fundamentales.

MITO Nº 7: La adopción del Tratado constitucional dará a Europa una voz propia en el mundo, convirtiéndola en contrapeso de los Estados Unidos y asegurará el respeto del derecho internacional.

MITO Nº 8: El Tratado constitucional contribuirá a expandir el modelo de progreso europeo al resto de pueblos del mundo, comenzando por los recién incorporados países del Este.

MITO Nº 9: La oposición al Tratado constitucional contribuye a la causa del anti europeísmo conservador y populista y entraña un rechazo, en suma, de la idea misma de Europa.

MITO Nº 10: El rechazo del Tratado constitucional daría lugar a una crisis irresoluble y al estancamiento en el Tratado de Niza.